

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS.

AÑO V.

MADRID, 6 DE MARZO DE 1910.

NÚM. 114.



LA VIDA EXTRAORDINARIA DE UN GALLO HABLADOR

CONTINUACIÓN

—¡La princesa Celinda!—advirtió el chambelán á su acompañante, deteniéndose y haciendo una profunda reverencia á la hija del Rey.

Gerineldo, atónito ante la aparición de una criatura tan hermosa, quitóse el mugriento sombrero é imitó el saludo de su guía.

El chambelán refirió á la princesa la causa que originaba su presencia en el parterre acompañado de un vagabundo. Celinda, con voz que parecía dulce música, rogó á Gerineldo no se llevase á *Cresta de oro*, porque desde que le había visto sentía gozo inusitado.

—Accede á lo que solicita la princesa—le indicó el chambelán.

—Pon precio á tu gallo y te daré cuanto pidas—insistió la augusta dama.

—Señora, por nada de este mundo vendo á *Cresta de oro*; se trata de mi mejor amigo.

—¡Qué imbécil es este galopín!—pensó el ventrudo palaciego.

Al ver retratado en el rostro de Celinda un gran desconsuelo, dijo autoritariamente:

—Princesa, podéis quedaros con el animalito; yo me entenderé con este prójimo.

—No—replicó la joven,—no le retendré contra su voluntad.

Y depositó el gallo en el suelo.

—¡Este idiota!—gruñó sordamente el chambelán.

—Señora—murmuró confuso y avergonzado Gerineldo,—hay un modo de arreglar el asunto á satisfacción de todos.

—¿Cuál...?

—¿Cómo?—preguntaron simultáneamente sus interlocutores.

—La cosa es sencilla, señores míos. *Cresta de oro* decidirá á quién de los dos prefiere: si á la hermosa princesa ó al desastrado mendigo.

—Pero, criatura—observó el chambelán.—¿Qué sabe un gallo de tales elecciones? ¿Cómo va á decidir siendo un irracional...?

—*Cresta de oro* discurre lo mismo ó mejor que nosotros.

—No es momento de bromas, jovencito.

—Y yo no las gasto. *Cresta de oro* es un gallo prodigioso que habla como las personas.

—¿Que habla, dices?—preguntó maravillada la princesa.

—¿Que habla este gallo?—murmuró incrédulo el chambelán.

El vagabundo recogió en los brazos á *Cresta de oro*, y le dijo con persuasivo acento:

—¿Verdad que hablas...? ¿Verdad que lo entiendes todo...? ¡Por el gran cariño que te tengo, por nuestra amistad, te pido que nos digas á quién prefieres...! ¡Habla!

Cresta de oro permanecía mudo; sólo hablaban sus ojos que parecían decir á su interlocutor: “¡Cállate, estúpido!”

—¿Ves, hombre, cómo el exceso de admiración hacia tu gallo te conduce á asegurar tonterías...?

—¡Insisto en que habla, señores...! ¡Por mi salvación lo juro...!

—¡Acabemos, que la princesa no debe sufrir por más tiempo tus tontunas.

—Aunque calle, él decidirá—replicó con gran entereza Gerineldo, dejando en tierra á su amigo.

—¿A quién prefieres?—volvió á preguntarle

Cresta de oro, sin titubear, acercóse cacareando alegremente á la fimbria de la túnica de la princesa.

El vagabundo quedóse mortalmente pálido y sus ojos nubláronse de lágrimas; la ingratitud de *Cresta de oro* le hería en lo más vivo de su corazón.

El chambelán reflexionó filosóficamente:

—¡ Hay animales que tienen más sentido común que las personas...!

* * *

La primera noche de su estancia en palacio metióse Gerineldo en la cama presa de angustiadora inquietud, y aun cuando las sábanas eran de finísimo hilo, muelle el lecho y suntuosa la habitación, el pobre muchacho hubiera preferido dormir en un pajar, como tenía por costumbre; azorábanle las fastuosidades que le rodeaban y la negra ingratitud de *Cresta de oro* entenebrecía su espíritu.

—Es cosa triste—reflexionaba con amargura—que hombres y animales se inclinen siempre hacia lo que brilla y abandonen al pobre para seguir al rico.

Por no tener dispuesto el traje que debía vestir en su empleo de paje, no asistía al banquete dado en honor del misterioso mago de Oriente que había de curar á la princesa; concurrían al festín las damas y los caballeros más prestigiosos del reino y seguramente el vagabundo habría quedado pasmado de asombro ante el cuadro de inusitada magnificencia que se ofrecía en tales solemnidades palaciegas.

El gran chambelán tenía reservada una terrible y emocionante sorpresa para el momento en que alzase su copa en nombre del Rey é iniciara los brindis de bienvenida.

El buen señor, después de saludar al ilustre huésped que de tan luengas tierras acudía para curar á la princesa, dijo que la casualidad le obligaba á alzar también su copa por tales y cuales nobles señores—y citó todos cuantos aparecían comprometidos en la conspiración—por el celo con que procuraban el bienestar de su patria, según se desprendía del documento que la Providencia acababa de poner en sus manos, y dió lectura á la proclama revolucionaria con asombro inaudito de la concurrencia y temor de los conjurados que, en gran número, sentábanse á la mesa real.

Al terminar la lectura, los soldados de la guardia invadieron la estancia y apresaron á los conspiradores.

Mientras que tales sucesos se desarrollaban en la corte, *Cresta de oro* encontrábase encerrado en el gallinero de palacio, un magnífico gallinero con cientos de gallinas de todas las razas y de todos los países... en donde se crían gallinas. Los sultancetes del real gallinero acogieron á su camarada con significativos cacareos de disgusto. *Cresta de oro*, desdeñoso, altivo como un gran señor, considerándose superior en todo á los que le rodeaban, ni siquiera se dignó saludarlos con un modesto quiquiriquí. Hartas preocupaciones tenía debajo de la cresta el portentoso gallo para entretenerse en tales cortesías.

Continuará.



LA SENCILLEZ DE LO MARAVILLOSO

VII

Qué días más encantadores corrieron para los dos héroes de que me ocupo!

Se levantaban temprano y corrían para ver y enterarse bien de todo cuanto les inspiraba curiosidad.

—¿En qué consistirá, Pipá—decía Urso,—el que aquí no tengo pereza para madrugar como tengo en mi casa?

—Yo no sé, chico, no sé por qué será eso; pero á mí también me pasa.

—¡Lo que me riñe mi papá porque me levanto tarde!

—Pues ¿y mi mamá?—agregó la nena.—Siempre me dice: “Te vas á pudrir en la cama, Pipá; las niñas madrugadoras tienen las caras frescas y lozanas.”

—Sí; pero es el caso que á mí me da pereza madrugar, y papá dice: “No ha creado Dios el sol para que le despreciemos; la noche es para dormir, pero el día se ha hecho para el trabajo.”

—También mi mamá dice que no hay espectáculo más hermoso que el de la salida del sol; yo no lo quería creer, Urso, y ahora sí que lo creo, porque mira que es retebonito ver cómo se van las nubes avergonzadas de la brillantez del sol.

—¡Qué hermoso, Pipá; qué hermoso es efectivamente! Yo, estas mañanas que estamos en el castillo, gozo una cosa atroz viendo aparecer los rayos del sol, tímidos primero, como si les diese vergüenza turbar el reposo y el sueño de todos; brillantes y valientes después, enseñándonos toda su magnificencia, arrancando destellos deslumbradores á los campos de oro, coloreándolo todo con su luz alegre, animando al trabajo diario con sus templados rayos...

- ¿Qué barbaridad de bien hablas y explicas las cosas, Urso!
- Es que el ver las salidas del sol me hacen pensar y sentir muchas cosas grandes, Pipá.
- Además, me pasa otra cosa rara aquí, Urso.
- ¿El qué?
- Pues que tengo un apetito atroz siempre. ¿Y tú?
- También yo lo tengo; pero sé por qué es.
- ¿Y por qué es? ¿Porque estamos en el campo?
- ¡Quia, tonta!—contestó el niño.—Es que aquí nos entretenemos viendo cosas y se nos pasa mucho rato... ¡mucho!, sin comer nada. ¿Te acuerdas que en nuestras casas siempre estamos pidiendo pan, y fruta y otras cosas...?
- ¡Anda, ya lo creo que me acuerdo!—contestó Pipá.—Y aunque no nos den lo que pedimos, nosotros nos subimos á los árboles y cogemos la fruta; ó nos entramos en los huertos y *rapiñamos* lo que más nos agrada; ó abrimos la alacena y cogemos cecina ó pan ó roscón...
- ¡Claro! Y luego nos regañan...
- Mi mamá me dice siempre que hacemos con eso dos cosas malas: tina, desobedecer, y otra, no comer *ordenadamente*...
- Lo mismo dice papá.
- Y mira, Urso—dijo la niña,—yo no sé si á ti te pasará lo que á mí; pero es el caso que me da vergüenza decir “no quiero de esto” ó “no me gusta esto” cuando nos dan la comida; me lo como todo... y... ¡mira qué gracia!, resulta que ahora todo me gusta...
- ¡Naturalmente! Como que ahora hacemos lo que dice mi papa.
- ¿Qué dice?
- Dice...: “Hay que acostumbrarse á comer de todo”, y se conoce que á nosotros nos faltaba la costumbre...
- Y esto que hacemos, ¿no debe ser malo, Urso? Porque ¡tienes unos mofletes más gordos...!
- ¡Pues mira que tú! ¡Y que estás hecha una rosa, Pipá, con unos colores...!
- ¿Si será por eso por lo que dicen en el país que en el castillo de las hadas blancas no hay enfermedades?
- ¡Pues claro que será por eso!

M.^a ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.





LA PLAZA DE ORIENTE

Paseo por la Historia de España

X

Vamos a empezar hoy con la plaza de Oriente, como convinimos el domingo pasado, Juanito... ¡Qué hermoso sitio, y cómo lo alegran las lindas criaturas que corren y saltan de un lado para otro, bajo la solícita mirada de sus padres ó de sus niñeras!

—Si quieres que te diga la verdad, papá, me gusta mucho más el Retiro...

—No te diré qué no... ¡Pero eso parece una protesta...!

—No, papá.

—Sí, hijo. Te conozco perfectamente y sé que no eres capaz de oponerte á mis deseos. Por eso manifiestas el tuyo de un modo indirecto. Has querido decirme que en vez de venirnos á la plaza de Oriente, hemos debido ir á pasear al Retiro...

—Papá...

—Y reconozco que tienes razón. El próximo domingo ven-



LEOVIGILDO

Ayuntamiento de Madrid

dremos aquí por la mañana, y así nos quedará libre la tarde. Hoy nos iremos á la Moncloa, después de recordar la vida y milagros de un par de reyes de éstos, según costumbre.

—¡Qué bueno eres, papaíto!

—¿Ves cómo te conozco...? Bien. Hemos venido por la calle Mayor y por la calle de Bailén. Empezaremos, pues, por este rey, que es Leovigildo, nada menos.

—¡Otro visigodo!

—¡Ja, ja! ¡Ya estás apurado! Sosiégate, hombre, que corre de mi cargo...

—Te advierto, papá, que de éste sí que recuerdo una cosa... Fué padre de San Hermenegildo.

—Es cierto; ¿pero no sabes más?

—No.

—Por lo menos deberían haberos enseñado que ordenó el martirio de su hijo en Tarragona, porque Leovigildo era arriano, como todos los godos, y Hermenegildo se había convertido al catolicismo.

—¿Y qué es un arriano?

—Ya lo sabrás á su debido tiempo. ¡Un hereje como otro cualquiera...! Hermenegildo se rebeló dos veces contra su padre, ayudado por los católicos, cuya fe defendía...

—¿Y su padre lo mandó matar?

—Sí, Juanito... Este es un reinado de los más interesantes de aquellos tiempos. Si cuando seas mayor lo estudias á fondo, ya verás cómo te acuerdas de lo que ahora te digo. Aparte su herejía, Leovigildo fué un buen rey, así en la paz como en la guerra. Tuvo bastante fortuna en sus luchas y creó algunas instituciones que han durado hasta nuestros días.

—Eurico...

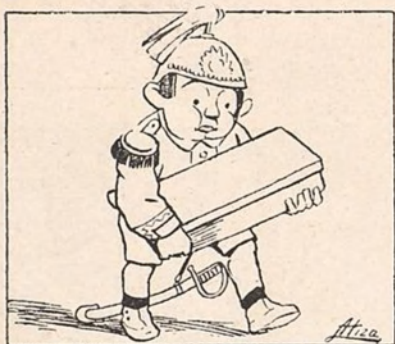
—Vamos con el otro... ¡Ya veo que tienes prisa!

—Mira, papá... Aquí viene tu amigo D. Julián.

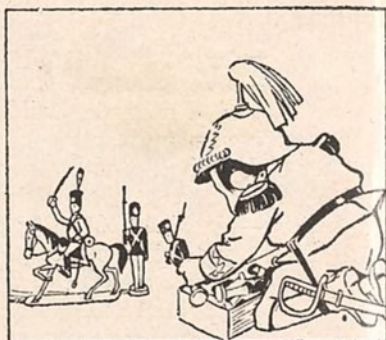
—¡Es verdad...! Quédese Eurico para el domingo.



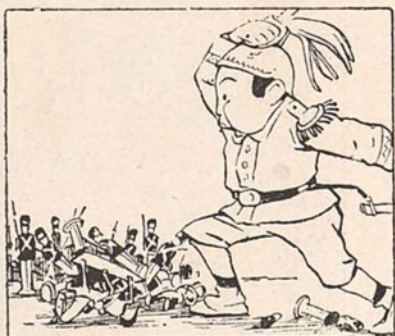
EURICO



1. Tito, nene de instintos depravados, nos presenta su caja de soldados.



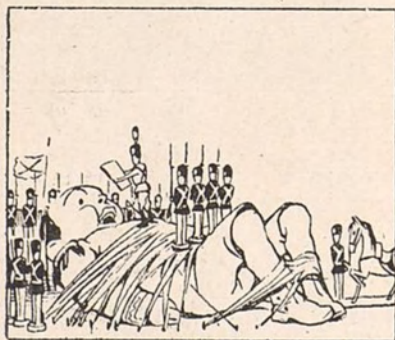
2. Los va formando en «línea de combate». ¿Qué irá á hacer? Pues de lijo un disparate.



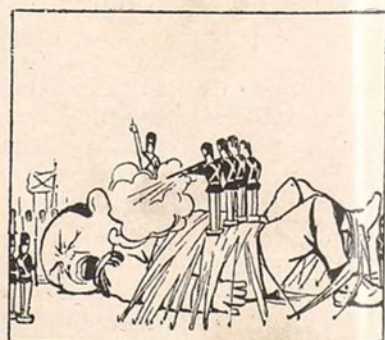
5. «Bando cargas», avanza con fiereza... ¡No deja un enemigo con cabaza!



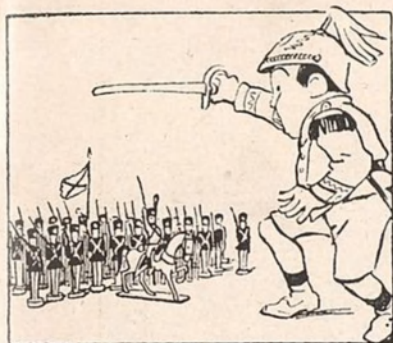
6. Harto ya de luchar cayó rendido, y al poco rato se quedó dormido.



9. Y el capitán, sin bizca de clemencia en sus barbas leyó fatal sentencia.



10. Sonó la voz de ¡fuego!, y, ¡pobre Tito!, dió, al vorse fusilar, agudo grito.



3. Desenvaina la espada, da un chillido, y ignerral les declara, decilido.



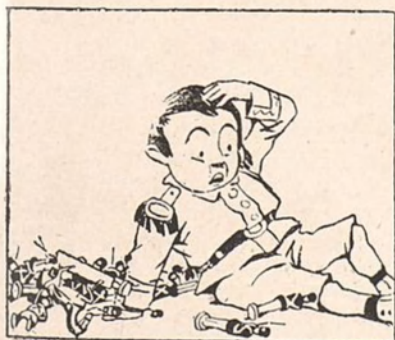
4. Con ímpetu feroz, como un valiente, se lanza contra el jefe de «su gente».



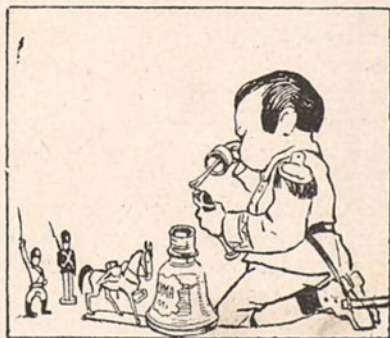
7. A poco vió que todos los soldados levantáronse alegres y animados.



8. Le ataron fuertemente al pavimento, privándole de todo movimiento.



11. Despertó atolondrado, y con presteza se tocó lo primero la cabeza.



12. Cuentan que desde aquel sueño famoso Tito es con los juguetes cuidadoso.



LOS INFANTITOS DE ITALIA

Hay nada tan simpático como la intimidad de los niños de sangre azul...? Salvo las naturales comodidades y regalo con que viven, los hijos de padres augustos en nada se diferencian de los otros angelitos que pueblan el mundo alegrándolo con sus risas, con sus canciones y con sus juegos. Y también puede asegurarse, salvando las mismas distancias, que en el amor y el cuidado por sus hijos, los más modestos ciudadanos son iguales á sus reyes. Por eso es simpático conocer la intimidad de los niños de sangre azul; ella nos convence de que la infancia no reconoce clases ni condiciones sociales.

No diremos, pues, que los Reyes de Italia sean más *padrazos* que nadie. Sí diremos que lo son tanto como todos. La Reina—igual que la nuestra—pasa la mayor parte de su vida con sus hijos. Su padre, como es natural, no les niega ningún capricho. Y los infantitos corren, saltan y se divierten, gozando de la vida, ahora que, por fortuna, aún no están sujetos á la etiqueta que les aguarda.

A Víctor Manuel le gusta guiar, y cumple su gusto llevando á sus hermanitas Yolanda, Mafalda y Giovanna en un cochecito siciliano por los jardines de Palacio.

Ayuntamiento de Madrid



EL MERITO Y LA FORTUNA

FABULA

(EL PADRE BENOIT, JESUITA FRANCÉS.)

Se unieron con los lazos de himeneo
el Mérito, mancebo de gran casa,
y la infanta Fortuna,
que era heredera de una
por cierto nada escasa.
Entre ellos disensiones
no hubo jamás, y siempre en compañía
en todas ocasiones,
la Fortuna del Mérito no huía.
Esta unión incomoda,
pues no está autorizada por la moda.
Tanto peor, porque, después de todo,
igual era la boda;
el marido, buen mozo y muy amable;
la mujer, adorable.
y con mucha riqueza,
pero él casi rayaba en la pobreza;
y ella, aunque no es cosa extraordinaria:
aun cuando su marido, nada adusto,
tuvo la suerte de fijar su gusto.
Y para un segundón, seguramente
fué boda ventajosa,
si no había un disgusto de repente
que la hiciese enojosa.
A la casa del joven matrimonio
acudía la gente
de todas condiciones,
y todo se volvía admiraciones.
El esposo, ocurrente,
á todos con sus dichos encantaba.

el pueblo le aplaudía y le alababa,
al mismo tiempo que á su bella esposa
nadie le dedicaba
ni una galantería,
aun cuando á todo el mundo con largueza
trataba y sonreía;
orgullosa con esta preferencia,
creía que Fortuna
era indigna de su correspondencia;
la ahorra sus caricias;
llegó al cabo el momento
que, siendo ella mujer, y algo orgullosa,
se vió menospreciada,
y, sin decir adiós, tomó el portante.
Ya podéis presumir si otra morada
hallaría al instante,
siendo joven y bien acomodada.
Las gentes de negocios en seguida
su casa la brindaron
y á Mérito dejaron.
Creyó que no perdía
más que una compañera,
y que su mansión no menguaría
siendo lo que antes era.
Se engañó; descartando algun amigo,
quedó sólo en su casa,
tantas personas fueron una a una
en busca de Fortuna;
hombres de bien y sabios y doctores
le volvieron la espalda,
y quedó reducido
á ser adulator de los señores.
Sus quejas vanas fueron.
y su faz de aquella puerta,
que aun hasta el criminal encuentra abierta,
al que sufre bastante
no ha podido pasar más adelante.

JAYME MARTI-MIGUEL.





RELATOS DE CAZA

EL MILAGRO

En la plaza del pueblo, ante un numeroso auditorio, refería Antón Pérez la historia que á todos traía maravillados, ya que se trataba, según las apariencias, de un patente y verdadero milagro. Decía así Antón, esgrimiendo su vieja escopeta:

—Esta mañana me encontraba desesperado por no poder llevar á mis hijos ni un mísero mendrugo y, como no tenía nada que hacer, me encaminé al monte del Tambor, rogando á Dios, según andaba, que me favoreciera en mi triste situación. No estaría diez minutos en el monte cuando saltó junto á mí un hermoso conejo. Disparé, lo maté y, al cobrarlo, noté que llevaba atado al cuello un pañuelo. Al punto lo desaté y vi con natural asombro que contenía... ¿á que no lo acertáis...? Diez y ocho duros en tres billetes y tres monedas de plata...

El cura del lugar, que conocía al narrador y sabía que su miseria no provenía de desgracia alguna, sino de su amor á la taberna y á la vagancia, se abismaba en la meditación del asombroso caso y aun le ponía sus dudas. De este particular iba á charlar con el alcalde, cuando llegó al corro una muchacha bastante hermosa, vestida á la usanza campesina, pero con cierta agradable coquetería. Venía llorando y,

sin pararse en miramientos ni en soltar á cada paso un “perdone usted”, acercóse al cazador y le dijo:

—¡ Señor Antón! Deme usted los diez y ocho duros, que son míos...

El aludido abrió desmesuradamente los ojos, pero se hizo el sordo, y entonces la muchacha siguió diciendo:

—Sí, señor, son míos. Esta mañana fuí á la ciudad á cobrárselos á un amigo de mi padre, á quien se los debía de cebada; y, además de pagármelos, me regaló un conejo. Jugando por el camino lié al cuello



del animalito el pañuelo, donde iba envuelto el dinero, y de pronto y sin saber cómo, me encontré con las manos vacías... Si no se lo quiere usted creer ahí van estas señas: el conejo es gris, tiene rota una oreja y luce en el lomo unas pintas blancas. El pañuelo es de seda verde y roto de un pico...

Mandó el alcalde á Antón que sacara pañuelo y conejo y, visto por el auditorio que todas las señales coincidían, fuéle devuelto á la muchacha su dinero. Quedóse el menguado cazador que trasudaba de angustia; y el cura se marchó musitando:

—¡ Un milagro...! No los gasta Dios en beneficiar granujas...

Tosé A. LUENGO.



ESPAÑOLES ILUSTRES

D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA

Nació en la capital de España, el 17 de Enero de 1600, el autor de *La vida es sueño*. La educación primaria de este gran poeta la hizo en el colegio Imperial de Madrid, dejando sus aulas á los catorce años para ocupar sitio en las de la Universidad de Salamanca, donde, al par de los estudios de filosofía, jurisprudencia y cánones, adquirió un buen nombre como hábil y elegante poeta dramático, género de poesía al que con sorprendente aptitud se dedicó desde la más tierna edad.

Ayuntamiento de Madrid

Conciuidos sus trabajos literarios con tanta fama como aprovachamiento, se hizo militar, sirviendo durante once años en los ejércitos de Milán y Flandes, los cuales empleó en conocer los autores italianos más que en ejercitarse en el manejo de la espada.

Educado en aquel amplio ambiente de grandeza, de arte y de inspiración constante, en Italia, volvió á Madrid para comenzar aquella gloriosa carrera de las letras, tan varia y tan esplendorosa, en la que abarcó todos los géneros, desde los autos sacramentales hasta las comedias de magia y tramoya, desde el drama filosófico al humano trágico y hasta romántico si se quiere, *El alcalde de Zalamea*. La sublevación de Cataluña exigió que las fuerzas de los caballeros de Santiago tomaran parte en la sofocación del levantamiento. Desde 1637 tenía Calderón el hábito de tan famosa Orden militar, y, no queriendo ser menos que los demás, pidió licencia al Rey para seguir la compañía llamada del conde-duque de Olivares. Felipe IV, que estimaba mucho á Calderón, le dispensó del servicio, encargándole que escribiese la celebrada fiesta *Certamen de amor y celos*, pero el poeta, fiel á sus deberes, tan luego dejó terminado lo que era deseo de S. M., partió á Cataluña. Su notable comportamiento mereció la pensión de 30 escudos al mes.

Establecido definitivamente en su villa natal y estimulado por sus aspiraciones religiosas, previa licencia, se ordenó de sacerdote en 1651. La tranquilidad propia de este estado y el conocimiento que su ejercicio da de las pasiones y modo de ser de las almas, contribuyeron grandemente á que su inspiración se completara.

El número de sus producciones es grande, pero las que, según la crítica, han alcanzado todos los honores, cada una en su género, son las dos ya mencionadas *Vida es sueño* y *El alcalde de Zalamea*; en ésta, un labrador, aicalde á la vez, venga la ofensa que un militar hace á su hija, tomándose la justicia por su mano, como padre y como autoridad, haciendo prender al poco caballero capitán, y mandándole ahorcar; en el tipo de Pedro Crespo, el alcalde, quiso poner Calderón toda la estimación que el castellano rinde á su honor y toda la severa majestad con que sabe defenderlo. Al fin de este admirablemente trazado cuadro, aparece el Rey Felipe II, quien al saber la causa de la muerte del joven jefe de armas, aprueba sin más expediente la conducta sana del defensor de su honra, enseñando que por el alto puesto que se esté, jamás hay derecho á ofender á una mujer. Las obras de Calderón se dan en muchos teatros extranjeros, pero en los de Alemania sobre todo.

Los honores que alcanzó en su vida eclesiástica, de capellán de Reyes en Toledo y más tarde de capellán mayor de la Real Capilla, con pensiones en Sicilia y otras menos importantes, le permitieron comodidad bastante. Fué un sacerdote ejemplar. Falleció en Madrid el 25 de Mayo de 1681.

ENRIQUE PACHECO Y DE LEYVA.